

Servidor De Vuestra Alegría

Joseph Card. Ratzinger

En El Principio Está La Disposición A Escuchar

*"Llamó a los que quiso"
(Mc 3,13-19)*

Es para mí motivo de gran alegría poder dirigiros, queridos candidatos al sacerdocio de este obispado, un cordial saludo y celebrar con vosotros la santa eucaristía. Es hermoso ver como también hoy día hay jóvenes que se aprestan a seguir la llamada de Jesús: os haré pescadores de hombres. Reconforta saber que también en estos tiempos Dios "alegra la juventud" (Sal 42,4, *Vulgata*), la impulsa y estimula y despierta en ella el valor para desligarse de las ataduras de la vida burguesa, de la familia, de la búsqueda de grandes ingresos económicos, para llevar a Dios también a los demás. Es hermoso ver cómo en los jóvenes la Iglesia misma se mantiene joven y renueva constantemente su juventud. Con sus redes, traen el tiempo nuevo, nuevas ideas, nuevos conocimientos y experiencias a la tierra de la fe. De este modo, está siempre presente la hora del comienzo. Un seminario sacerdotal significa, en efecto, que también hoy el Señor sube al monte y llama a los que quiere. El seminario sacerdotal es este monte de Jesús. La mañana galilea no se pierde en un pasado remoto: es aquí fresca presencia, en la que una y otra vez se inicia de nuevo el día de la Iglesia. O mejor, el día de Jesucristo, hasta que finalmente llegue la mañana definitiva que ya no conoce ningún atardecer, porque el sol – el amor, revelado por siempre, del Dios trino- nunca llega al ocaso.

Subió al monte

El seminario es el monte al que Jesús sube para lanzar su llamada. En esta pequeña y maravillosa sección del Evangelio de Marcos cada palabra encierra un denso contenido. Por eso nos habla tan directamente, porque no son palabras que tengamos que traer trabajosamente a nuestras vidas desde una distinta lejanía. Lo que aquí se dice nos afecta de una manera total y directa: es nuestra vida, nuestro presente. Jesús sube al monte: amaba las montañas, como amaba el mar, las flores del campo, las aves del cielo. Amaba la creación, porque era su misma palabra hecha forma y figura, reflejo del misterio divino, del que él mismo procedía. Podemos decir, pues, que uno de los elementos constitutivos de la amistad con Jesús es el gozo por la creación, la alegría por su inmarcesible resplandor, por las pequeñas y las grandes maravillas del universo.

Pero cuando, allá en la cima, resuena el llamamiento, sucede más: el monte es el lugar de la oración de Jesús. Es el lugar de su soledad, el lugar desde donde se dirige al Padre. El monte es expresión de la altura, de la ascensión interior, por encima de las ataduras de los afanes cotidianos. La llamada a los discípulos brota del diálogo de Jesús con el Padre. Sólo podemos escucharla si acompañamos a Jesús en esta ascensión interior. Si queremos encontrarnos con esta llamada, aceptarla y llevarla a sazón, debemos encontrar el monte de Jesús: la liberación de lo cotidiano, el silencio, el reconocimiento, la dedicación al Dios vivo. Debemos llegar a aquella altura, a aquel espacio abierto en el que pueda oírse la voz de Jesús.

...y llamó a los que había elegido

Porque, en efecto, siguieron ocurriendo más cosas: llamó a los que quiso. El sacerdocio sólo es posible cuando se ha aprendido a escuchar su voz. El sacerdocio se fundamenta en una relación dialogante. Pero se fundamenta, ante todo y sobre todo, en la iniciativa de Jesús. En este punto es muy expresiva la formulación del Evangelio de Marcos: llamó a los que quiso, no a

los que lo deseaban.

No existe el derecho al sacerdocio. Esta misión no se puede elegir como si de un oficio o una profesión se tratase. Sólo se puede ser elegido por él. El sacerdocio no figura en la lista de los derechos humanos, Nadie puede reclamar recibirlo. Jesús llama a los que él quiere. Hay derechos humanos que les competen a los hombres en razón de la naturaleza que Dios le ha dado y a favor de los cuales deben pronunciarse con total determinación sobre todo cuantos tienen fe en el Creador. Pero hay también un derecho del Señor sobre aquellos a quienes él quiere. Aquel que ha escuchado su llamada puede decir de sí mismo: él me quiere. Existe una voluntad de Jesús sobre mí. Debo adentrarme en esta voluntad, debo madurar en ella. Ella es mi espacio vital. Nuestra vida será tanto más plena, más colmada y libre, cuantos más nos unifiquemos con esa voluntad, en la que está contenida la más profunda verdad de nuestro propio ser.

Constituyó a doce

Consideremos ahora, muy brevemente, las palabras que siguen: constituyó a doce. Esta expresión, una vez más, que el sacerdocio ha sido “creado” por Jesús. No es el producto de la decisión personal de un aspirante, ni puede también establecer en virtud de una decisión de la comunidad. Nadie puede pronunciar como propias aquellas palabras que sólo le pertenecen a él: Éste es mi cuerpo, Ésta es mi sangre. Yo perdono tus pecados. No hay comunidad que pueda otorgar tales poderes. Sólo él puede hacerlo. Precisamente esto es lo grande, lo enteramente consolador y reconfortante: que aquí penetra en la historia algo que supera todas nuestras capacidades.

Justamente esta superación de toda nuestra capacidad personal es lo que espera nuestro corazón, lo que espera la historia siempre de nuevo, una y otra vez: la potestad de perdonar, de cambiar el pasado; la potestad de invocar un amor que es indestructible. Doce es el número de las tribus de Israel, pero es también el número de las constelaciones que figuran el ciclo anual.

Se ve así claramente que es preciso fundar un nuevo Israel. Pero no es menos claro que este nuevo pueblo tiene la misión de establecer la concordia entre el cielo y la tierra; hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo. Se abre aquí un camino que dictamina sobre el cielo y tierra. Los concilia entre sí. Y así, los doce, que han sido llamados a desempeñar esta misión, son en cierto modo las nuevas constelaciones de la historia, que nos señala el camino a través de los siglos.

Para que estuvieran con él

Se abre aquí de pronto, ante nuestra mirada, un horizonte que tal vez nos pueda parecer hasta demasiado grandioso y atrevido, aunque las palabras que siguen encierran un sentido eminentemente práctico. Responde a la pregunta: ¿A qué han sido llamados estos hombres? ¿Cuál es la voluntad concreta de Jesús respecto de ellos? Se menciona dos objetivos: “para que estuvieran con él” y “para enviarlos”.

A primera vista, se diría que son objetivos contradictorios. O bien (podría aducirse) Jesús quiere que permanezcan a su lado y en su compañía y vayan siempre con él, o bien elige a hombre a los que pueda enviar y que, por consiguiente, sólo puede estar con él, a lo sumo, por algún tiempo. Formulando esta pregunta en una terminología posterior, podemos decir: aquí parece contraponerse entre sí la vocación monástica contemplativa y la vocación apostólica. Las distinguimos entre sí y, a nuestro parecer, la una excluye en buena medida a la otra.

Pero justamente aquí es donde nos corrige Jesús. Sólo el que está junto a él puede ser enviado.

Y sólo el que se deja enviar, el que transmite su mensaje y su amor está a su lado. Hay, por supuesto, diversos estados, diversas formas de encargo, diferentes maneras de apostolado y de proximidad con él. De ningún modo pretendo negarlo. Pero antes y por encima de todas estas diferencias hay una unidad fundamental e irrenunciable. Los apóstoles son testigo de vista y de oído. Sólo quien le conoce, sólo quien conoce sus palabras y sus hechos, quien le ha experimentado en la convivencia de largos días y noches, sólo éste puede llevarle a los demás. Así es también en nuestros días: “Para que estuvieran con él”, tal es el componente primero y básico de la vocación sacerdotal.

Estar a su lado en la oración

Cuando como obispo – y también antes, simplemente como hermano en el sacerdocio- me he puesto a reflexionar sobre las causas que hacen que poco a poco se vaya desmoronando una vocación tan entusiasta y tan esperanzada en sus comienzos, siempre he llegado a la misma conclusión: ha habido un momento en que ha dejado de existir la oración callada y silenciosa, desplazada tal vez por el ruidoso celo por tantas cosas como hay que hacer. Pero ahora es un celo vacío, porque ha perdido su empuje interior. En algún momento se ha abandonado la confesión personal y, con ello, el contacto con la exigencia y el perdón, la renovación desde dentro en presencia del Señor, que es irrenunciable. “Para que estuvieran con él.” Se necesita este “con él” no sólo durante un cierto período inicial, a modo de fondo de reserva al que poder acudir más adelante. Estar con él debe constituir siempre la pieza central del servicio sacerdotal. Pero es preciso ejercitarse, practicar, aprenderlo hasta adquirir una cierta facilidad y naturalidad que permita mantenerse firme en tiempos diferentes. Quisiera, pues, rogaros muy encarecidamente que la consideréis una tarea fundamental durante vuestra época de seminaristas y también más tarde, durante vuestra vida sacerdotal: estar con él, aprender a mirarlo, ejercitarse en escucharle, conocer más y más al Señor en la oración, con la atención permanente puesta en la Sagrada Escritura.

Es importante cultivar la oración no sólo cuando tenemos gusto en ella. El hombre no puede alcanzar en su vida nada verdaderamente grande, sin la disciplina y método, y esto es aplicable también a la vida interior. Cuando escuchamos a una gran artista que domina magistralmente su instrumento, nos admira la facilidad, la aparente naturalidad y soltura que permite que nos hable por sí misma la belleza de la composición. Pero, para que haya podido alcanzar al fin aquella fácil soltura en la que se expresa abierta y puramente la grandeza, ha sido antes preciso un largo y disciplinado período de aprendizaje. Para nosotros no puede ser menos valiosa la vida interior que las ocupaciones exteriores, que el deporte o la capacidad técnica. El “crecimiento del hombre interior” merece que pongamos en juego todas nuestras energías: el mundo necesita hombres que sean interiormente ricos y maduros; el Señor los necesita para poder llamarlos y enviarlos.

Predicar y tener potestad

Nuestro texto menciona, finalmente, otros dos contenidos esenciales de la misión apostólica y sacerdotal: son enviados a predicar y están dotados de la potestad de expulsar a los demonios. Predicación y potestad – palabra y sacramento- son las dos columnas fundamentales del servicio sacerdotal. Lo son en todo los tiempos. Ambos cometidos adquieren múltiples formas en el desempeño de las actividades sacerdotales cotidianas. La palabra tiene muchas expresiones, que van desde la predicación y la enseñanza hasta la conversión personal. El sacramento no se reduce al instante preciso de su celebración litúrgica. Pide la preparación interior del que lo administra, y la orientación a Dios de quien lo recibe. Es

importante poner mucho cuidado para no dejarnos alejar de estos cometidos fundamentales.

Después del concilio, ha surgido algunas veces la impresión de que hay cosas por hacer mas urgentes que la predicación de la palabra de Dios y la administración de los sacramentos. Hay quienes piensan que habría que crear primero otra sociedad, antes de dedicar el tiempo a aquellas tareas. Tales opiniones se basan en una ceguera espiritual que sólo es capaz de percibir los valores materiales y olvida que el hombre necesita siempre la *totalidad*, quiere respuestas para el hambre del cuerpo y del alma. No pueden dejarse a un lado los problemas del espíritu. Al contrario, es su desplazamiento o su exclusión lo que provoca los otros problemas y los hace insolubles.

Nunca es, por tanto, superfluo conducir a los hombres hacia el Dios vivo. Por el contrario, ése es siempre el presupuesto básico para despertar lo mejor de las fuerzas humanas, aquello sin lo que, en definitiva, no puedes vivir. Cuanto más penetrados estemos nosotros mismos de la presencia del Dios vivo, tanto más podremos llevarla a los hombres y tanto mejor percibiremos que es justamente este servicio genuinamente sacerdotal el que no ignora la vida real, sino que hace "que tengan vida y la tengan en abundancia" (Jn 10,10).

Recibir el ciento por uno

Para concluir, quisiera llamar vuestra atención sobre un texto posterior del Evangelio de Marcos, que prolonga la línea iniciada (Mc 10,21-23).

El camino de Jesús en la tierra está llegando a su fin; a los discípulos les oprime la pregunta de en qué acabará todo aquello. Están preocupados por su suerte, se interrogan si han hecho una elección acertada. Pedro dice en voz alta lo que todos piensa en su interior: "Mira, lo hemos dejado todo y te hemos seguido." Mateo aclara el sentido de esta discreta pero acuciante pregunta al añadir el inciso: "¿Qué recibimos a cambio?" (19,27). Esperaríamos que el Señor reprendiera la medrosidad, la poca fe o incluso el egoísmo apenas disimulado de estas palabras. Pero no ocurre así. Considera enteramente justificada esta pregunta acerca del para qué de todo aquello y da una sorprendente respuesta: "Yo os aseguro nadie que haya dejado casa, hermanos, hermanas, madre, padre, hijos o hacienda por mí y por el evangelio, quedará sin recibir el ciento por uno; ahora, al presente, casas, hermanos, hermanas, madres, hijos, y hacienda, con persecuciones; y en el tiempo venidero vida eterna" (Mc 10, 29s).

¿Qué es lo sorprendente de esta respuesta? Que el Señor no alude sólo a una recompensa en el más allá. Dice algo sumamente osado, casi increíble: Vuestra vida estará siempre ciertamente bajo el signo de las persecuciones; será una vida muy humana, marcada por penurias y sufrimientos. Pero vuestra recompensa no ha sido lisa y llanamente aplazada o desplazada al más allá. Recibiréis en este mundo una recompensa centuplicada. Dios da ya en esta vida el ciento por uno, dice santa Teresa de Jesús, resumiendo el contenido de esta sentencia del Señor.

Toda renuncia por su amor tendrá como respuesta un premio muchas veces superior. Dios es magnánimo y no se deja vencer en generosidad. Forma parte del servicio apostólico comenzar por renunciar; el celibato es una de las maneras sumamente concreta en que debe plasmarse esta renuncia. Quien, al cabo de un período de tiempo más o menos largo, echa una mirada retrospectiva a su vida sacerdotal, sabe cuán verdaderas son las palabras de Jesús. Es cierto que primero hay que atreverse a dar el salto. Y nadie debería intentar resarcirse con calderilla, por así decirlo, por lo que se ha pagado con billetes grandes: el Espíritu Santo no se deja engañar, como sabemos bien por la historia de Ananías y Safira. Pero en medio de todas las tribulaciones que nunca faltan, es cada vez más cierto que surge y crece una gran familia de

hermanos y hermanas, de padres y madres e hijos para aquel que trae a los hombres de palabra de la fe. Se reafirma una y otra vez la verdad de que Dios da el ciento por uno ya en este mundo. Sólo debemos tener el valor de dar primero este *uno*, de atreverse a dar el salto, como se atrevió Pedro que, todavía en los albores de su vocación, y una vez más en contra de todas las probabilidades, caminó sobre las aguas y consiguió, como señal de los tiempos futuros, la pesca milagrosa que le permitió conocer el poder de Jesús.

Demos este pobre uno de nuestras capacidades, de nuestra renuncia a nuestro pequeño mundo propio; pidamos al Señor renovadamente, día tras día, la generosidad de confiarnos a él. Caminemos con él. Dejemos que él nos envíe. Estaremos así en buenas manos. Amén.